

Los hijos de Madrid, que adoran al que dió la paz al mundo, al punto arrojan las espadas, y en medio del furor perdonan el ultraje. Mas ¡oh perfidia! Aquellos inhumanos descubren su puñal, y cual tigres carniceros corren presurosos en busca de las víctimas.

El corazón se resiste aquí ya á trazar tan horribles cuadros. Llegó la noche, Señor. Sus velos de magestad y silencio se estendian por esas calles teñidas en sangre inocente que pedía venganza contra un homicida. La luna en medio de los cielos prestaba su escasa luz á la funeral escena. La tierna esposa lloraba sobre el triste tálamo; el padre buscaba á su hijo; el sacerdote de Dios oraba, y el pueblo todo, como la infeliz Jerusalem en el día de su desgracia, se entregaba al desconsuelo..... ¿Y el francés? Insultando al cielo y á la tierra..... Imitando á los verdugos de la ciudad destruída. Ofreciendo en ese Prado y en la fúnebre montaña la tragedia mas sangrienta que vieron los mortales. Mirad ese hijo abrazado con su padre y puestos de rodillas al pie de un árbol. Mirad á un niño ternezueto que recibe las últimas caricias de su madre. Mirad ese grupo de hombres y de mugeres que en vano están clamando á las estrellas..... Mirad al sacerdote tambien condenado á muerte, pero que lleno de una vida heróica que da la religion, se alza de la tierra y dice á sus hermanos: “¡Hijos míos! Pedid á Dios perdon por esos hombres, porque no saben lo que hacen. Acordaos del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y no temais el duro lance. Al hombre que perdona y llora sus pecados antes de morir, le espera una tierra santa, una vida inmortal, un coro de ángeles, una corona. Morid llenos de fe, y esperad en Dios.” Dijo el sacerdote, y apenas habia pronunciado estas palabras, cuando resonó por todas partes el fúnebre estampido de la muerte..... Si escrito estaba aquel día de luto para España,

tambien estaba grabado en el libro de la justicia el castigo de los verdugos.

¡No huyas, cobarde! ¡No huyas, hijo de Cain! ¡Detente, Murat impío! ¡No te dió miedo? ¡No temblaste de horror á la vista de esos héroes? Mira sus cuerpos en sangrienta pira; mira sus almas que suben al Olimpo, y mira á tus pies abiertas las puertas del infierno. Toca, toca tus labios que destilan sangre, y toca la mancha de tu frente; horrenda mancha que hoy te cubre de oprobio, y despues te acompañará al sepulcro. En Pizzo verás tu ruina. En Pizzo, acaso el mismo puñal que hoy te obedece, pasará tu infame cuello.... Y tú, tirano de Europa, que desde un trono usurpado te complacés en nuestro luto; tú, que llevaste la ruina y desolacion á los pueblos, tambien llorarás tu afrenta sobre el peñon de Santa Elena. El Dios santo que derribó á Goliath bajo las plantas de un pastor, te hará purgar tus delitos entre grillos y cadenas; pero antes va á permitir que España tan ultrajada deshaga tu poderío. Mira alzarse los pendones de Castilla, en cuyos lienzos el genio de la patria escribe la sentencia de tu muerte. Escucha sus clarines que resuenan ya por toda la Península. Escucha ese grito nacional que llama al noble y al plebeyo, penetrando hasta las chozas de los montes. ¡A las armas, españoles! El francés ha manchado vuestro trono, y su mano intenta derribar vuestros altares. Truene el fusil, y al eco sacrosanto de religion é independencia tiemblen los tiranos que quieran oprimirnos. ¡Manes cruentos! ¡Quereis venganza? Os vengaremos.

Este es el acento, Señor, de las víctimas del Dos de Mayo de 1808. Acento que llegó hasta Zaragoza, Valencia, Cadiz, Gerona, Bailen, Rosellon, Talayera...  
 ¿Para qué más? ¿A qué molestaros con recuerdos demasiado vivos á los ojos del gran pueblo que me está

escuchando? Pues ese feliz alzamiento y esos triunfos memorables fueron obra de las víctimas ilustrés por quien hoy lloramos, ofreciendo al Dios de nuestros padres la sangre de Jesús vertida sobre el Gólgota. De esas víctimas, sí. Ellas dieron valor á nuestro brazo; ellas sostuvieron nuestros combates y aseguraron nuestras victorias. ¿Qué fueron los laureles de Bailen, Gerona y Cadiz sino ecos del cañon de Daoiz y de Velarde? ¿Qué fueron los esfuerzos de la patria sino ecos tambien de las víctimas del *Dos de mayo*? Pues esa série de hazañas, esa cadena de tantos sacrificios recibieron su primer impulso en las calles de Madrid, que hoy bendice por medio de mi boca la memoria de sus hijos, de aquellos hijos que murieron por la patria, y cuyos nombres harán palpar en todo tiempo al corazón de los valientes.

Con guirnaldas de rosas y de mirtos lleguemos á esa tumba. Ella es el ara ante la cual los que se precian de leales españoles han de jurar hoy odio y rencor eterno á la impiedad, á la usurpacion y á la tiranía. Sellemos derramando lágrimas tan sagrado juramento, y oigamos la voz santa que sale del fondo de ese mausoléo. Es la voz de un sacerdote, el acento de un profeta, porque sacerdotes y profetas son los héroes que murieron por la religion y por la patria. Me parece que tengo ante mis ojos en este instante todas las víctimas que fueron inmoladas. Se me figura que sus huesos, animados por el soplo de Ezequiel, adquieren aliento y vida, y me dirigen estas palabras: “¡Sacerdote! ¿Piensas acaso que entre el polvo de la muerte hemos olvidado nuestra patria? No. Hemos visto sus desastres, sus púeblos destruidos, sus templos incendiados, y el hachá de la guerra destilando sangre. Hemos visto sus campos secos y amarillos, donde luchaba el padre con el hijo, desgarrando el hermano las entrañas de su her-

máno. Hemos visto los montes agitar sus crestas, y vacilar las colinas, y empalidecer los valles. Hemos visto alzarse cadalsos afrentosos, y hemos visto horrores que hicieron retremblar las losas de las tumbas. ¿Por qué? Para eso vertimos nuestra sangre?... Escucha, ministro de Dios! Esa nación que recibió nuestro holocausto aún puede ser grande: aún puede asombrar á todo el mundo. Convoca al pueblo, dirige tu voz al Regente del reino, habla á los senadores, habla á los diputados, habla á los ministros del templo, habla á esos valientes guerreros que vertieron su sangre sobre la cumbre de Arlaban y en el puente de Luchana; y habla á todos los españoles que quieren el bien de ese suelo que nos vio morir. El pueblo que quiere ser libre lo es. España puede serlo sin acudir á otras naciones que solo buscan su ruina, su esclavitud y sus cadenas. Tened un solo pensamiento, reconcentrad el poder, esperad en Dios, y la fe os salvará. La fe, sí. Esa fe divina que recibísteis en las pilas bautismales; esa fe que meció vuestra cuna, y que selló el sepulcro de vuestros mayores; esa fe que hizo fuertes á Recaredo y á Pelayo; esa fe que triunfó del turbante y la media luna; esa fe que llevó á los muros de Granada el pendon de San Fernando; esa fe sin la cual cae de las manos la espada del guerrero, y el clarín se queda mudo en los campos de batalla; esa fe con la cual triunfaron nuestros padres, y nosotros espiramos abrazados al cañon. Ella fue nuestro consuelo al tiempo de morir, y ella debe ser la que os haga á vosotros grandes. Esperad con ella en Dios, y no en los pueblos que se llaman amigos y aliados. En ellos tal vez está vuestra agonía y vuestra muerte. Dios que os hizo libres velará sobre vosotros. Unid vuestras fuerzas y esperad en él."

Espanoles: he ahí la voz de aquellos héroes que murieron con la espada bajo sus cabezas; voz mas elocuen-

te que la mia. ¡Escuchadla!... Conozcamos nuestra dignidad para que la Europa nos admire y nos respete. Y cuando la patria nos llame á defender su libertad é independencia, unámonos todos como hermanos, y hagamos frente á las naciones que quieran oprimirnos. La España, que triunfó de Roma y de Cartago; la España, que luchó por espacio de ocho siglos contra la ambicion y tiranía de los árabes; la España, que admiró en los campos de Pavía; la España, que hizo caer las águilas del Imperio, también podrá hoy vencer; dejando solo al enemigo la afrenta y el escarnio. Union necesitamos para ser fuertes, españoles, y esperanza y fe para triunfar de los tiranos. Busquemos este auxilio al pie de los altares, pidiendo hoy al Dios de los ejércitos gracia y piedad para esas víctimas, indulgencia para mí, y para vosotros ventura eterna.







